

COSAS PARA COMPARTIR ©



NUNCA CUMPLÍ CINCUENTA

NUNCA CUMPLÍ CINCUENTA ©2004 por GRACIELA CONFORTI (*)

Esta edición es un CUENTO extraído, con la correspondiente autorización, del libro "ENTONCES LA VIDA" I.S.B.N. 950-694-740-6. Impreso en Argentina. Copyright 2004 de la primera edición por GRUPO EDITOR LATINOAMERICANO S.R.L. - Hipólito Yrigoyen 1994 Piso 2 Ofic. "3" - C1089AAL Buenos Aires - Argentina - Tel./Fax: (54-11) 4952-9638 - Página Web: www.nuevohacer.com.ar .

Muy Importante: No está permitida la reproducción total o parcial del cuento extrayéndolo de la presente edición de Cosas para Compartir, ni su tratamiento informático, ni la retransmisión de ninguna forma o por cualquier medio, mecánico o electrónico, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright (Graciela Conforti y Grupo Editor Latinoamericano).

Estimado/a Lector/a:

El cuento que ofrecemos hoy, como se dijo anteriormente, forma parte del libro "Entonces la Vida", cuya lectura nos ha enriquecido el espíritu, y que Graciela me regalara. El cuento refleja de una forma excepcional la dura y triste realidad de la salud en la Argentina, donde ciertos pacientes son atendidos por médicos (algunos de los cuales son considerados "Dioses del Olimpo") que no cumplen con el juramento hipocrático, no respetan los principios éticos y morales, realizan mala praxis, y... no tienen "Humanidad". Su autora, una amiga, tuvo la gentileza de dedicarme mi ejemplar con el siguiente maravilloso texto, que también deseo compartir: "Querido Jorge: Gracias por estar conmigo en la noche del estreno de este nuevo universo de palabras. Somos seres complementarios. Los iguales pueden tener roces, los complementarios jamás. Con todo cariño, Gra."

Gracias y que lo disfrutes.

*Jorge Luis (**)*

(*) Beatriz Graciela Conforti (gracielaconforti@yahoo.com). Escritora argentina nacida en Buenos Aires. Ha publicado cuentos y poesías. Su obra literaria ha sido distinguida, entre otros, por los siguientes premios: Diploma de Honor editores Arje y La Ventana, categoría Cuento. Finalista del Xº Certamen de Poesía y Cuentos Cortos de editorial Argenta, categoría Cuento. Medalla de Honor en el IIº Certamen de Literatura José Hernández. Diploma al Mérito del IIº Concurso Nacional de Escritores de la Asociación de Escritores Argentinos, género Cuento. Diploma al Mérito en el IIº Concurso de Escritores de la Asociación de Escritores de la Ciudad de Buenos Aires, género Poesía. Finalista del Concurso Juan Ruffo 1996 de Radio France Internationale. Primera Mención del VIIº Concurso Literario del Rotary Club, género Poesía.

(**) Jorge Luis Sánchez (jlsanchez@tecsima.com.ar). Vicepresidente Ejecutivo, Director del Área de Marketing, socio fundador y consultor principal de TECSIMA S.A. Consultora en Marketing, Gestión y Calidad.

NUNCA CUMPLÍ CINCUENTA

"Tengo un problema: salir del laberinto... Me aconsejaron caminar con los ojos cerrados para evitar ilusiones; el instinto crece con la sombra y el desamparo."

Julio Cortázar(1)

Se lo tengo que decir, doctor, y de una buena vez. Con todo rigor y crudeza; aunque no tengo duda que tal crudeza habrá de dolerme a mí, (por la vía del recuerdo) mucho más de lo que siquiera le molestará a usted, considerando que tiene para con sus pacientes una indiferencia que roza lo criminal.

¿Cómo puede humear una taza vacía?, ¿cómo es que nunca cumplí cincuenta años? Me quedó la madurez como una latencia que se me figura eterna, mientras mi cuerpo me antecede en deterioro al menos una década, y mi deseo sería no representar más de treinta, digamos treinta y cinco. Tres edades, doctor. Usted me ha obligado a vivir tres edades a la vez: la que tengo, la que quisiera tener y la que represento. La ilusoria es la que menos importa, cualquier mujer aspira a la juventud permanente. La que me atormenta es la década que cayó encima de mi cuerpo, como una maldición, partiéndome al medio como un rayo, en el exacto momento en que usted falló en la mesa de operaciones.

Usted me dijo, doctor, que una prótesis completa de cadera a los cuarenta y nueve años era "Quemar las naves", que no tenía vuelta atrás. Quemar las naves, quemar las naves... En aquel momento éste no era para mí sino un refrán gastado, vaciado de contenido. Una de esas frases ampulosas que alguien cada tanto agrega a su discurso para dar un golpe de efecto. Sólo eso representaban para mí aquellas palabras una cuestión meramente efectista. Mal doctor, buen maestro. No sabe, ni sabrá jamás hasta qué punto cobró significado esa frase antes vacía. Nadie podrá asomarse siquiera al poder destructor de esas palabras, ni al peso de la verdad que encierran. Lástima que para aprender tan pequeña cosa debí primero quemar mi vida, sentenciarla, hacerla caminar, como a un marino amotinado, por la planchada de un viejo galeón pirata. Usted es el pirata y lo que arrojé por la borda fueron nada menos que los sueños, al menos muchos de ellos.

Antes de que le cuente completa esta historia que usted en parte ya conoce, déjeme decirle que también aprendí lo que es ver a las personas huyendo por la tangente. Confirmé, (pues ya tenía mi buena sospecha) que los hombros no abundan; los hombros anchos, aguantadores, que soportan que uno se apoye en ellos y llore a morir, o muera llorando. Lo que abundan, a Dios "des-gracias" son las palabras de compromiso, no las comprometidas. ¿Hace falta que le explique la diferencia, doc? El aliento y el consuelo son meras formas rituales y preestablecidas, antisépticas. Pocos se bancan(2) que los abrazes y des rienda suelta a toda la amargura que te atraviesa. Te atajan, te paran, usando palabras trilladas que no sirven para nada. No, si yo también lo he hecho, yo también soy cobarde y reculo cuando la pena del otro me supera. Además nada peor que los dolores propios, ¿verdad..? Yo también huí tantas veces como me fue posible y retaceé el consuelo. Solo ahora que aprendí cuánto cotiza un hombro mullido, sería capaz de dejar que un amigo se apoyara en él y llorara descargándose, desangustiándose. No diría, ni haría nada para detenerlo: levantaría una mano, la apoyaría en su cabeza, mientras, lo abrazaría con el otro brazo como si lo acunara. A veces, doc, no queremos que nos consuelen diciendo boberías, a veces solo necesitamos llorar quedamente sobre el hombro de alguien amado; llorar sin que nos interrumpen, sin que nos quieran contener ofreciéndonos un chupetín con forma de paraguaita. Aprendí también, señor doctor, que esa simple cosa no existe, no es posible. Como ya le dije: buen maestro, mal doctor.

Debo buscarle un apodo que tenga el suficiente estilo como para que sus amistades de los links de golf no se abochornen. ¿Qué tal butcher?, ¿le suena a perro, verdad?. Ya lo tengo, dejémoslo en Cero. El gran doctor Cero. Claro que cuando llegué hasta usted, desesperada de dolor y con gran dificultad para caminar, usted era el doctor diez. Apellido compuesto, centro

traumatológico propio, jefe de cirugía de uno de los mejores sanatorios de Buenos Aires, muchos años de experiencia y hasta un padre médico famoso. En fin, doc, las tenía todas a su favor. Yo me colgué de esas cocardas que lo adornaban y me puse, casi feliz, en sus manos.

Yo le había contado mi mayor ilusión: después de tantos años de sufrimiento quería desquitarme festejando en marzo de 2001 mis cincuenta años con una espléndida fiesta. Tenía pensado un baile de disfraces. Quería bailar toda la noche como una desaforada, como la había hecho a los cuarenta, como una mujer sana y aún joven. Estaba convencida de que lo merecía después de una larguísima historia de dolor y más dolor. Sería mi esperada revancha frente a una enfermedad que me había ido invalidando poco a poco. Tal como en el cuento de Cortázar, en el cual supuestos intrusos se van apoderando de las habitaciones de una casa, las cuales el mismo propietario va clausurando por temor, hasta que abandonan la vivienda, así la tempranísima aparición de los síntomas de mi enfermedad, una ¿inocente? artrosis, se fueron apoderando de mi cuerpo vértebra a vértebra, articulación por articulación. Igual que en "Casa tomada" el mío era un cuerpo tomado. Así, el reemplazo total de la cadera derecha aparecía como una panacea. Volver a caminar, a vivir sin dolor... ¡Guau!

El 13 de agosto de 2000 quemé las naves y me sometí a la operación. Despertar de la anestesia con semejante herida fue una tortura. Tenía, (los vi después) unos "ruleros" de espuma de goma sujetos sobre la enorme herida y un costurón que parecía haber sido hecho por algún ayudante del cuerpo médico de M.A.S.H. durante un bombardeo enemigo. No me quejaba. Íbamos bien. La mañana siguiente a la operación vos, doctor Cero, apareciste en la habitación del sanatorio y casi con indiferencia me diste la preocupante noticia que el alambre con el cual habías "cosido" el trocánter fracturado, había quedado flojo. Ya lo habías charlado con tu hermano, traumatólogo también él, y habían llegado a la conclusión que si me mantenía en absoluto reposo cabía la posibilidad que al ir soldando el hueso, dicho alambre se afirmara. Luego de cinco días de internación, me mandaste a casa en ambulancia y con prohibición absoluta de levantarme. Mi pierna derecha tenía el doble de su tamaño normal, el dolor no menguaba, pero yo aguantaba, Cero, pensando en el futuro mejor. Entretanto debía permanecer siempre boca arriba con una almohada entre las piernas a la cual jocosamente había apodado Miguelito. Cuando cualquier otro paciente andaba caminando con andador o muletas yo continuaba en cama y cada vez peor, gracias. Cada cinco o seis días me trasladaban en ambulancia a tu centro traumatológico de Barrio Norte, donde me sacaban placas y más placas. También me sacaste los puntos y hasta las ganas de vivir.

Casi veinte días después de la operación, una noche llegué al punto de no poder soportar más el dolor, no había calmante que me ayudara, (no se te escapará que tengo un umbral doloroso muy alto). Tuvimos que llamar a urgencias. Allí mismo en mi cama volvieron a sacarme placas, me colocaron una vía con suero y morfina o algún derivado de ella, hasta que finalmente pude conciliar el sueño. Temprano a la mañana siguiente volvieron a llevarme a tu consultorio. Ya me estaba acostumbrando a ir y venir en ambulancia. Sabés que trasladándose de esta forma el paisaje que se observa a través de la pequeña ventanilla es tan raro: torres, balaustradas, copas de árboles. En mi propio barrio vi aspectos de las fachadas de los edificios que nunca antes había observado. Placas otra vez. Pude haberme vuelto iridiscente con tantos rayos X acumulados en mi cuerpo. ¡Y me diste buenas noticias! ¿No es cierto doc..? El bendito alambre flojo se había soltado y se incrustaba en mi carne como un estilete. Tu conclusión "fue clara y contundente", como dice la canción. O bien esperábamos a ver si por arte de magia el alambre "se acomodaba solo", o tenías que re operarme cuanto antes (a qué negarlo: sabíamos que era la única opción). Fue entonces cuando, como una podredumbre, empezó a florecer lo peor de vos. Fuiste tan cobarde y despreciable que en lugar de aceptar tu mala praxis y hacer un mea culpa, tuviste el tupé de decirle a mi esposo: "Está cagada la gorda". Sólo faltó esto, así de chiquito para que te gritara: "No es cierto engendro de quirófano". Me callé por ese respeto casi ritual que se siente frente a un médico respetable. Todavía lo lamento.

1° de septiembre, segunda operación. Mismo sanatorio, mismo cirujano, similar angustia, mucha más rabia. "Todo salió bien", eso dijiste "Esta vez no hay nada de qué preocuparse". Igual reposo absoluto, Miguelito entre las piernas, ambulancia, (balastradas y copas de árboles que ya eran como amigos) más radiografías y reposo. ¿Cuánto? Te juro que perdí la cuenta. Al menos en la cama no se notaba que me habías dejado la pierna operada 4 centímetros más larga que la sana. Siempre queda cierta diferencia, (lo supe después, ya que nunca me lo informaste) pero esa diferencia no debería llegar a los dos centímetros.

Nunca podrás imaginar lo que se siente en una circunstancia así y, lamentablemente, dudo mucho que pueda yo transmitirte con palabras cómo me sentía. Mutilada, desfigurada y acometida por un intenso y constante dolor que no me daba tregua. Como es lógico llegó el momento en que yo debía pararme y caminar y vos dijiste "¡Levántate y anda!" tal como Jesús le ordenó a Lázaro. Pero yo no era Lázaro y vos mucho menos Jesucristo. Caminar apoyada en las dos muletas me resultaba una tarea ciclópea. Más de un mes anduve dando saltos sobre una sola pierna. Después me indicaste que comenzara a descargar peso sobre la pierna operada, poco peso. Así estuve varias semanas. Habían pasado alrededor de cuatro meses (espero sepas comprender si la memoria me traiciona y me equivoco por algunos días) y yo cada vez más sentía que en lugar de andar iba arrastrando mi cruz. "Todo bien" "Todo bien", decías, pero estaba claro que no era cierto pues continuabas sacándome radiografías cada semana o cada diez días. Yo intuía que algo, no sé qué, no andaba para nada bien, pero vos, doctor Cero, no podías ignorarlo. Entre tanto, en mi casa me soportaban, en el buen sentido de la palabra, y soportaban mi festival de lágrimas de cada atardecer, cuando la angustia me ganaba por completo y el pensar en la aciaga noche silenciosa me sobrecogía hasta las tripas. Yo perseveraba, Cero, ponía de mí todo lo que tenía y más pensando en mi merecida revancha del 19 de marzo del siguiente año. Bailaría como una enloquecida disfrazada de maratonista. Tanto peor me sentía tanto más desahogados eran mis sueños de revancha. Pero las cosas no andaban, Cero, vos sabías que no andaban. Procuraba entretenerme, no dejarme ganar por el desaliento, no morirme de pena y frustración. Tampoco de aburrimiento, porque a estas alturas mis penurias se habían convertido en moneda corriente y las visitas, que antes me hacían compañía, empezaron a ralear. Yo era una mina fuerte, Cero, pero vos me cortaste al medio.

Así llegaron las fiestas. Mi bien amada Navidad que siempre me llena de gozo y deseos de celebración pasó sin que atinara a darme cuenta. Yo estaba cada vez peor, casi no tenía fuerzas para levantarme de la cama, si me sentaba apenas podía sostener la cabeza pues el esfuerzo me superaba. Vos insistías "Todo bien". Ya no podías convencernos. Cuando en tu consultorio de Barrio Norte mi hijo Luciano te apremió un poco por la falta de resultados generaste una discusión tragicómica. Le preguntaste a mi hijo cuántas operaciones había hecho y qué autoridad tenía para preguntar. Fanfarrón. Hijo de puta sin atenuantes. Sólo te faltó tirarte de los pelos para que la situación fuera más teatral. No quiero abundar en detalles que hoy por hoy prefiero ahorrarme a mí misma, pero nos fuimos de tu consultorio echados a los gritos, mientras tu asistente, mejor persona que vos, pero obediente, (el hambre no es sonsa) nos observaba, como toda la gente que estaba en la sala de espera, con la mirada llena de asombro y horror. Era preferible hacerse el loco que admitir que por segunda vez habías hecho un desastre conmigo. Tu apellido, tu vanidad, eso de creerte infalible te impidieron reconocer tu falta. Salí de tu maldito centro traumatológico hecha una piltrafa. No podía caminar, físicamente me sentía morir, y psicológicamente la depresión iba ganando terreno. Tampoco faltaban los idiotas útiles, como yo los llamo, que no dejaban de contarme lo bien que le había ido al primo del tío de la abuela de un conocido de ellos, al que además habían operado en un hospital. Nunca más volvimos a vernos, hiciste lo imposible para desembarazarte de mí, sabiendo la gravedad del cuadro que estaba atravesando y que yo, gracias a tu deliberado ocultamiento, desconocía. No puedo acusarte de ignorancia médica, sí puedo decirte que no sos un hombre de bien y que carecés absolutamente de ética. Si hasta te diste el lujo de gritarme que te hiciera juicio si quería... Ya te lo dije antes, Cero, mal médico, buen maestro. También me enseñaste a odiar, aprendí que dentro de mí podían habitar sentimientos que nunca había imaginado. Pero no te detesté por fallar como médico, (al fin de cuentas sos humano, aunque te veas a vos mismo

como un Dios); te detesté por abandonarme a mi suerte en medio de la pesadilla que estaba viviendo por tu ineficiencia, por tu orgullo, por hacerme sentir que era un mal resultado en una estadística probablemente satisfactoria. Te detesté por no hacerte cargo de tus errores, por mentirme, por empujarme a transitar los suburbios del odio, esa zona sórdida y oscura de la mente humana. Te detesté por el dolor que a través de mí le infligiste a todos los que me aman. Todo un libro podría escribir describiendo la cantidad de sentimientos encontrados que me provocaste. Al principio te tuve confianza y respeto, (incluso haciendo caso omiso a mis instintos, o a mi ángel de la guarda que me hacía una seña negativa con la cabeza) y me dejé ganar por el chapeo que hacías con tu currículum y tu vasta experiencia. Convengamos que no era poca cosa a tener en cuenta a la hora de ponerse en las manos de un cirujano. Después de haber confiado en vos, comencé a dudar, luego entré en la franca desconfianza, (sentía recelo de todo lo que me decías) hasta que sin lugar a dudas comprendí que lisa y llanamente me mentías para encubrir tus fallas. Odiarte y convertirte en malsana obsesión fue todo uno. No podía dejar de pensar en vos, en la forma de dañarte, de desprestigiarte. Soñaba despierta que te asesinaba con tu propio instrumental quirúrgico. Y desde luego empecé a hablar con los abogados.

Después de la ominosa discusión que sostuvimos en tu consultorio pensamos con mi esposo viajar a los EE.UU. para ver qué podían hacer ellos con la ruina en la que me habías convertido. Entonces aparecieron los buenos médicos, excelentes profesionales y mejores hombres. A partir de la recomendación de un doctor amigo, vía internet, nos pusimos en contacto con un brillante cirujano argentino --quilmeño(3), para más datos-- que hacía más de 25 años era jefe de traumatología de un centro especializado en Nueva York. Su respuesta fue inmediata. Nos aconsejó no viajar. En cambio me sugirió ver al Dr. J.J. que había sido discípulo suyo, de toda su confianza, quien estaba altamente capacitado y atendía en el Hospital Italiano de Buenos Aires. Allí fuimos temprano la mañana siguiente a recibir la respuesta vía mail, a la sazón un martes. Mi esposo y mi hijo me llevaron, necesitaba de la ayuda de ellos dos, de la muletas canadienses y de una dosis sobrehumana de voluntad para poder dar unos miserables pasos. Mientras esperábamos que el Dr. J.J. nos atendiera, merced a la recomendación con la que nos habíamos presentado, yo apenas podía sostenerme erguida en el asiento. La cabeza me pesaba, mi cuerpo era una losa de cemento y hasta los párpados se me figuraban dos ladrillos. Me adormecía con la cabeza apoyada haciendo equilibrio sobre las muletas. Ni siquiera lograba mantenerme alerta. A tal extremo llegué por tu falta de responsabilidad Dr. Cero a la izquierda.

En cuanto el Dr. J.J. vio las radiografías que le entregamos, su gesto fue de horror. Me preguntó qué antibiótico estaba tomando. "Ninguno", contesté. "¿Cómo ninguno?, ¿no le han indicado antibióticos?" "No, doctor, en ningún momento". Entonces, brevemente, mi esposo le contó la odisea que estábamos viviendo. "Mire, señora, esto es increíble. Usted tiene una gravísima osteomielitis, (infección dentro del hueso) que está ya bastante extendida por todo el fémur. A causa de la infección el trocánter, que evidentemente se les fracturó en la cirugía, no soldó. La fractura está intacta, no ha osificado en absoluto. Además, lamento tener que ser tan duro, la prótesis cementada que le colocaron por efecto de la infección está totalmente despegada. No hay más remedio que retirarla."

Corría entonces el mes de enero. Cinco meses, Cero. Cinco meses de mi vida en agonía y vos inmutable, viejo, insistiendo que todo estaba bien. Falso, mentiroso, mal nacido.

El Dr. J.J. ordenó de inmediato la realización de una biopsia, análisis de todo tipo, riesgo quirúrgico, placas de tórax y alguna otra cosa que ya escapa de mi memoria. "El jueves la opero", me dijo. "No otra vez", recuerdo haber contestado sin tener ya ni fuerzas para llorar. "De inmediato. Hay que sacar esa prótesis, colocar un sujetador para que el hueso se sostenga y usted debe permanecer en cama al menos por tres meses hasta que estemos seguros de haber combatido la infección. Recién entonces podremos volver a operarla para colocar una nueva prótesis". ¡Así nomás! Sin medias tintas. Esa misma mañana con el apuro que imponía la gravedad de la situación me efectuaron la biopsia y otra vez los barbijos, una anestesia, (apenas

local) la punción con unas larguísimas agujas para poder extraer una muestra de la sustancia que rodeaba la prótesis. Hoy aquellas instancias son meros sucesos borroneados, pues estaba tan mal física y a esas alturas psicológicamente, que apenas me daba cuenta de lo que me hacían. Ni siquiera recuerdo haber sentido temor. Vos sabías Dr. Cero lo que me estaba pasando, como te dije antes no podías ignorar un diagnóstico que fue tan inmediatamente obvio para otro profesional. ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Por qué como si nada fuera dejaste que la infección avanzara de semejante forma poniendo, incluso, mi vida en riesgo? ¿Tan poco te importé como ser humano? Ese es el peligro de sentirse un cuasi Dios, Cero, no poder bajar de las alturas a las que tu propio ego te ha llevado. Me pregunto qué esperabas. Acaso que me muriera para ocultar tu segundo error. Los muertos no hablan, ¿verdad?. Para tu desgracia estoy vivita y, aunque no coleo, puedo hablar.

Como darás por hecho todos los análisis salieron mal. Pocos glóbulos rojos, enorme cantidad de blancos, el eritro por las nubes. Sabés, Cero, no puedo entrar en denominaciones legales, pero para mí no solo incurriste dos veces en mala praxis, sino que terminaste haciendo abandono de persona. Así lo sentí, así lo padecí, pues en lugar de hacerte cargo, preferiste histeriquear en tu consultorio de modo de forzar la ruptura de la sagrada relación médico-paciente. No habrás olvidado que me echaste de tu consultorio mientras gritabas que se te acusaba de "¿haber incendiado Roma?!..."

Pongamos un poco de sentido del humor en esta saga: te cuento que ni siquiera tuve la suerte de que la osteomielitis fuera provocada por una bacteria paqueta. No, la mía era casi innumerable "enterococo fecalis" ¡Puaj! Una infección producida por una bacteria que se encuentra en las heces humanas. ¿Podrías decirme cómo llegó ese maldito bicho hasta la prótesis? Le cabe también al sanatorio una importante cuota de responsabilidad.

Transcurría el mes de enero y, como comprenderás, con semejante panorama por delante, era lapidariamente claro para mí que jamás podría festejar mis cincuenta años bailando como una como una desahogada, ni siquiera caminando. Estábamos solos mi familia y yo frente a una decisión para nada fácil de tomar. Las dudas nos nublaban el entendimiento, nos sentíamos atrapados en medio de falsas alternativas o en medio de la falta de ellas. En fin, estábamos desesperados en el verdadero y más absoluto sentido de la palabra. Cuánto me enseñaste a cerca del poder de las palabras, cuánto aprendí acerca de la profundidad de su significado y de la poca conciencia que tenemos de ello cuando las utilizamos por mera costumbre. Como cualquiera había usado la palabra "desesperada", sin embargo solo ahora captaba la profunda orfandad de su significado. Aprendí a vivir las palabras en carne propia. La noche era la hora del llanto, cuando la casa quedaba a oscuras, cuando cada uno de sus habitantes se retiraba a su cuarto y enmudecían los ruidos, las voces y se iban apagando las luces. Entonces no podía soportar más y sufría una crisis de llanto que volvía a poner de pie a la familia. Pobres, verme como me veían y tener que masticarse la impotencia que sentían. La situación tenía ya visos de tragedia griega; mi vida era puro acíbar créeme, Cero, que fue durísimo y aún faltaba la mitad del recorrido: otra operación, dos o tres meses de reposo ¿o debería llamarle postración?, luego una nueva intervención. No podía ser. Teníamos que consultar algún otro cirujano, aún en medio de la urgencia necesitaba darme la chance de otras opiniones. Cómo, dónde, con quién, cuándo... y todo mundo opinando aún con las mejores intenciones, pero coadyuvando a la confusión y la duda. Mi esposo y yo teníamos la sensación de que estábamos metidos en un remolino que nos absorbía llevándonos al desastre. En esa instancia, también lloré por el sufrimiento indecible de mi esposo y mis hijos.

La primera decisión acertada que tomamos fue consultar con el reconocido infectólogo argentino el Dr. D.S., quien visto mi caso no dudó en bombardearme con antibióticos vía oral e inyectables para, en principio, ir frenando el avance de la infección. También se negaba a creer que "mi cirujano" no me los hubiese indicado mucho tiempo atrás. Nos faltaba ahora la consulta con otro cirujano en busca de otras alternativas. No había muchos dispuestos a tomar un caso como el mío. A los novatos uno les teme por su falta de experiencia en un asunto tan serio y los

reconocidos no deseaban correr el riesgo. Se entiende. Dios puso en nuestro camino al Dr. Fermín. El segundo Fermín de mi vida, ya que también es el nombre de mi esposo. Sabía que con él llegaría la buena fortuna. Este enorme caballero de la medicina fue cálido, honesto, contenedor. Por primera vez en tantos meses sentía que un excelente médico y mejor ser humano se hacía cargo de mí. Recuperé cierta paz y una dosis de esperanza. El plan de mi "Doctor Quijote" fue sumamente equilibrado, según mi parecer de paciente y sufriente: antes de retirar la prótesis tendría que hacer un tratamiento intensivo con antibióticos (de dos a tres meses) tal como había indicado el infectólogo. Llegado ese momento, teniendo en cuenta los resultados de mis análisis y de una eventual biopsia, volverían a operarme. La consigna era la siguiente: una vez expuesto el hueso se tomarían pequeñas muestras del mismo, las cuales serían analizadas por el patólogo; si se comprobaba que la infección había cedido se haría en ese mismo acto quirúrgico el recambio de la prótesis colocada siete meses antes.

El bombardeo con antibióticos produjo sus primeros efectos escasamente 20 días después de comenzado. Lo primero que estalló, (no estoy hablando en forma literal, desde luego) fue mi estómago, luego mis intestino, en fin... Es cierto también que al mes mi estado general había mejorado lo suficiente como para que permaneciera levantada por más tiempo, ya no estaba tan decaída. Continuaba tomando antidepresivos y dosis gigantes de pastillas para dormir. Te aclaro que el psiquiatra venía a verme a casa una vez por semana o cada quince días, según como me encontrara. Entre los kilos que había ido acumulando y la diferencia, notoria a simple vista, en el largo de mis piernas, me sentía un espantajo. Sabés porqué te digo todo esto, Cero, para que te humanices. Para que comprendas que además de huesos y un complejísimo sistema muscular y órganos y células, tus pacientes son personas, Cero, seres humanos que sufren, temen y que, por lo general, suelen estar mortificados por un sufrimiento físico de larga data. Vos sos de esos que creen que un paciente se reduce, (como en mi caso) a una cabeza de fémur defectuosa: una articulación lo bastante destruida como para ser susceptible del reemplazo total. Cuando llegué a vos, yo estaba entregada. ¿O acaso imaginás que es fácil a los 49 años tirarles los propios huesos a los perros? Es una mutilación, Cero, no es una estética. Yo quería caminar sin dolor; no fui a buscarte para hacerme un lifting. No sé si en la facultad te lo enseñaron, pero tantos años de profesión no te hicieron ver que el paciente necesita sinceridad, honestidad y mucha contención. ¿Qué carajo les pasa a algunos cirujanos? ¿Se olvidan del hombre y creen que juegan con mecanos? Pues no somos mecanos ni ladrillos de Rasti, no pueden armarnos y desarmarnos como a un puzzle, sin consecuencias.

La espera se hacía larga. Desaparecieron mis proyectos, se vaporizaron mis sueños, mi relación de pareja (física, digo) desapareció durante larguísimos meses, involucrando a mi esposo quien, obviamente pasó a ser solo mi enfermero part-time, porque él debía continuar su vida, como mis hijos, como mi familia, como mis amigos. Que yo estuviera mal se convirtió en un clásico. Las llamadas o las visitas de rigor ayudaban, Cero, pero no alcanzaban a paliar mi soledad ni la amargura en la que me encontraba sumida.

No vayas a creer ni por un momento que yo no presentaba batalla. Tomé una "asistente" para que pasara mis escritos y mis notas a la computadora. Era una manera de obligarme a trabajar, no podía permitir que mi mente sucumbiera como mi cuerpo. Al menos una vez por semana me hacía llevar con un remis (recordarás que no podía manejar), hasta el shopping de Villa del Parque(4) y merodeaba los mismos negocios, las mismas vidrieras, hasta que llegaba a la peluquería del primer piso, donde me atendían y me mimaban un poco. Pero solo Dios sabe el esfuerzo que hacía para caminar pequeños tramos ayudándome con las dos muletas canadienses; solo Dios y la gente que aprendió a leer en mi rostro los gestos de dolor saben el ejercicio de voluntad que significaba tan solo mantenerme de pie.

En mis momentos de odio más furibundo me imaginaba tirando panfletos delante de las puertas de tu centro traumatológico, o gritando a viva voz: "no permita que Cero lo opere; aléjese de aquí, corra por su vida".

Así llegó marzo, Cero, ese marzo tan especial porque me traía los cincuenta, convertidos ahora en maldición faraónica.

El 13 de marzo de 2001 es una fecha que no podré olvidar. Ese día me iban a operar por tercera vez en menos de un año. A cara o seca. Sin garantías. Incluido en el numeroso equipo que se reunió para la cirugía se encontraba el infectólogo, quien iba a revisar bajo microscopio las pequeñas muestras de hueso que me extrajeran después de retirar la prótesis que vos me habías colocado. Se necesitaba la certeza absoluta de que no quedaba rastro alguno de infección. Esta vez acepté la anestesia raquídea pues el doctor Fermín y su anestesista me aseguraron que el post-operatorio operatorio sería mucho menos doloroso.

Antes de que me durmieran me encomendé a Dios y sentí que mi familia en pleno hacía lo propio, mientras me llevaban en la angosta camilla en dirección al quirófano. Entrar en los macabros, (al menos para mí) detalles de la operación es algo que vos no necesitarías. Cero, los conocés de sobra. La gente no, ves. La gente no sabe que hubo que frezar el hueso para sacar todo vestigio de pegamento, que hubo que hacer una suerte de "ventana" en el fémur para lograr a martillazos retirar la férula de la prótesis anterior. Hubo que hacer injerto de hueso de donante cadavérico para rellenar tanto hueco.

Cuando desperté, una sola pregunta me apretaba las sienes ¿habrían podido reemplazar la prótesis? Sabía que de haber hallado vestigios de infección solo se habrían limitado a retirar la que estaba colocada, dejando en su lugar un sujetador que sostuviera el fémur en espera de una nueva operación. Sabía también que eso habría implicado largos meses de reposo y espera. No sé quién fue, mi esposo, supongo. Solo sé que cuando recuperé lo bastante la conciencia como para entender lo que me decían, alguien me abrazó fuerte y me dijo: "¡Zafaste, Graciela, anduvo todo bien, pudieron colocarte la nueva prótesis!" No tuve fuerzas para cantar victoria.

Mientras dormitaba por efecto de la anestesia y los calmantes, soñaba que me lucía en una hermosa fiesta con un ceñido vestido rojo, ceñido en la cintura, con mucho vuelo. Parecido al vestido plisado de la foto más conocida de Marilyn Monroe. Daba vueltas y vueltas viendo cómo ondeaba y resplandecía la seda carmín de mi falda. Cumplía 50 años y yo lo festejaba. Celebraba la vida, la pareja, los hijos, la familia, los buenos amigos, que con el advenimiento de los años se habían vuelto cada vez mejores como los buenos tintos añejados. Sólo soñaba... Soñaba. Soñar ha de ser una sabiduría innata en el ser humano, una suerte de salvoconducto a la salud. Soñar como escape, como descarga frente a tanta presión a cumulada. En mis "sueños-películas" yo era una sílfides, grácil como la Plisetskaia bailando La Muerte del Cisne, representando, en realidad, mi propia muerte de infantil bailarina obsesionada con la danza. Así volví a ver en mis ensueños los fantasmas de Norma Fontenla y José Neglia danzando como juncos en las rojas baldosas de las azoteas planas del Teatro Colón(5), haciendo un Pau de Deux sobre las claraboyas. Cuando soñaba caminar era una simple acción, blanda, grata...

Mi querido doctor Fermín fue sincero. No me escatimó la verdad como vos, Cero. No obstante terminó su explicación con una frase alentadora: "Va a tardar, habrá que darle tiempo, pero esto termina bien" "¿Termina cuándo, doctor", pensé.

Llegó el 19 de marzo, día de San José, patrono de la familia. Me encontró acostada en la cama del sanatorio. Entonces no cumplí. Decidí que en esas condiciones no iba a cumplir años. El festejo esperaría hasta que de una buena vez yo pudiera bailar como una desafortada. O al menos bailar. O al menos caminar sin muletas. Caía la cotización de mis expectativas.

Esa noche me sentí muy mal. Tuve una descompensación que en un principio pareció ser cardíaca. No fue así, afortunadamente. Te juro, Cero, que de entrada creí que no la contaba. Sabés cuál fue mi diagnóstico: *amontonamiento de frustraciones*.

Y de vuelta a casa en ambulancia, las mismas marquesinas y balastradas, las mismas enormes copas de los árboles. Esta vez también reparé en las cúpulas de las iglesias.

Me esperaban más de cincuenta días de riguroso reposo. Esta vez contratamos, al menos para los primeros 15 ó 20 días, una enfermera que me asistiera con la chata, la higiene, el cuidado de la herida, inevitablemente hecha por tercera vez en el mismo lugar. Aquello no era una simple herida: era una vía férrea con varias ramificaciones.

Sabés por qué te incluyo en el relato, Cero, porque aún sabiendo que el doctor Fermín hizo maravillas, considerando el cuadro con el que tuvo que lidiar, no es menos cierto que todo parte de tus errores, de tu falta de ética. Y ya que estoy te lo digo derecho viejo: me enseñaste también que, cuando de mala praxis se trata, La Corporación Médica calla. Hay mucho culo sucio, Cero. Mucho ídolo de barro.

Pasados los cincuenta días de rigurosa cama pude levantarme, (aún no debía apoyar la pierna) para que mi esposo me llevara al consultorio del cirujano. Fue mi primera visión de las calles después de casi dos meses de hibernación obligatoria. Y ya estaba de parto, Cero. Después de 9 meses de la primera operación que me hiciste, era todavía una minusválida.

En agosto de 2001, caminando aún con muletas canadienses, decidí cambiar de aire y viajé con mi marido, (Señor, gracias por él) a Cuba para someterme a una rehabilitación intensiva. El doctor Fermín, comprensivo como siempre, me extendió una carta de recomendación para el doctor Álvarez Cambras, Director General del Hospital Frank País, cuya especialidad es la Traumatología. Ellos habían operado juntos cuando mi médico viajó a Cuba a enseñar nuevas técnicas, de modo que se conocían muy bien.

Mi expectativa era regresar a Buenos Aires (como en las películas) caminando a la perfección, blandiendo en alto las muletas, como un souvenir de una jugarreta de la vida que ya había terminado. Pero otra vez la cachetada de la desilusión me dio vuelta la cara con la fuerza del golpe.

Después de ver las placas de las tres operaciones, más algunos estudios que me realizaron en el Frank País, el doctor Cambras --apodado Cuco por sus discípulos, puesto que era feo y severísimo-- fue categórico. Me dijo. "Señora, no se haga usted ilusiones porque no va a poder dejar las muletas nunca más. A lo sumo con suerte y trabajo, tal vez en dos o tres años pueda manejarse con un bastón. Y eso gracias a que el Dr. Fermín, como de costumbre, ha hecho maravillas. Piense que la primera prótesis debió haberle durado no menos de 15 años." Me mató, Triple Cero a la izquierda. Aquellas palabras me mataron. Lloré dos días seguidos. Me habías convertido en una minusválida permanente, viejo. Me habías estropeado la vida y ni siquiera podía esperar a que me pidieras perdón.

Cuando logré sobreponerme un poco les escribí a todos diciéndoles que, al menos, esperaba encontrar un buen personal trainer que me enseñara a renguear con elegancia.

Hice 40 días de rehabilitación en la soñada Cuba. Pleno verano del Caribe. Pleno calor. Transpiré, viejo, laburé(6) como una desaforada para rehabilitarme, porque no soy de las que se da por vencida así nomás. Le puse tanta fuerza, tanta garra, fue tanto el apoyo de mi compañero y la familia toda, que al mes ya caminaba con una sola muleta canadiense. Hasta Cambras quedó sorprendido.

Sólo que hasta allí llegué. Estamos transitando el mes de julio de 2002, en agosto se casa nuestra hija, Cero, y yo estaré allí con mi bastón acuestas; con mi vida a cuestas. Teniendo el aspecto de una sesentona, mientras que por tu culpa, todavía no cumplí 50 años.

Pero sigo pedaleando en esta suerte de limbo en el que estoy viviendo, tratando de recomponerme, de retomar mi profesión, mi pareja. Tratando de recuperar las ilusiones, de construir proyectos nuevos, En suma, como dice la canción: "Sólo se trata de vivir".

No por ello te sientas eximido de culpas, pues algo dentro de mí se ha roto para siempre, se ha esfumado. Sólo gracias a mi fe puedo casi siempre, estar atragantándome con las lágrimas, mientras procuro sonreír, o fingir que nada pasa. Sé que los más perspicaces, en especial mi hijo Luciano, no lo creen. Yo finjo, ellos también. Es una ficción que nos ayuda a seguir.

Por mi vida ha pasado un terremoto, el terremoto de tus manos equivocadas. Sé que nada te importa mi dolor, en tanto vos y tu "renombre" puedan seguir paseándose impunemente por los sanatorios y las canchas de golf.

De cualquier manera, Cero, espero que Dios, quien me ayudó a dejar de odiarte, bendiga tus manos para que nunca vuelvas a repetir con otros pacientes los errores que cometiste conmigo. La norma es que los hombres carguemos con las consecuencias de nuestras equivocaciones, en cambio las tuyas dejan visibles secuelas en los otros. Te das cuenta, ese es mi problema. A la larga ese será tu problema. Yo he podido con el mío. ¿Podrás vos con el tuyo, si no te asiste ni la fe ni la razón? A mí me basta con esto; estoy a salvo. He aprendido que transformarse es aceptar que uno ya no es lo que fue. Es tener la maravillosa capacidad de reconocer los cambios, es evolucionar, es crecer; es lo contrario de detenerse. Es un dejarse fluir manso y sin oponer resistencia. Transformarse es ir cambiando el equipaje, es adaptarse, es una forma leal y sabia de pelear por la vida. Transformarse es no dejarse estar, no sentirse definitivamente hecho ni constituido. Es aceptar los años y los intereses que devengue el haber vivido; es corregir el error, ampliar horizontes, respirar hondo aún con la certeza que después habrá que volver a respirar. Transformarse es una manera de acomodarse sin rehuir el esfuerzo. Transformarse es no bajar los brazos, es no dejarse morir. Yo aprendí mi lección.

En cuanto a vos, Cero, es mejor que estés alerta porque la justicia divina vigila y no perdona. Cuando llegue tu tiempo, pagarás.

GRACIELA CONFORTI

(1) JULIO FLORENCIO CORTÁZAR (1914-1984). Escritor argentino. (www.juliocortazar.com.ar)

(2) *Bancan*. Argentinismo, proveniente del lunfardo, sinónimo de "soportan" y/o "apoyan".

(3) *Quilmeño*. Se dice de las personas que nacieron en la ciudad de Quilmes, provincia de Buenos Aires, Argentina.

(4) *Villa del Parque*. Barrio del noroeste de la ciudad de Buenos Aires.

(5) *Teatro Colón* (www.teatrocolon.org.ar). Teatro lírico de la ciudad de Buenos Aires. El más importante de Argentina, y uno de los que cuenta con mejor acústica en el mundo.

(6) *Laburé*. Argentinismo, proveniente del lunfardo, sinónimo de "trabajé".

Gracias por compartir tu valioso tiempo con nosotros.

©1999-2008 COSAS PARA COMPARTIR (CPC) y ©2002 LA ARGENTINA QUE NOS MERECEMOS.

Copyright por TECSIMA S.A. Consultora en Marketing, Gestión y Calidad. Publicación original: diciembre de 2004. Editor Responsable de CPC: Jorge Luis Sánchez, Presidente. tecsima@tecsima.com.ar - www.tecsima.com.ar. Producto/Servicio desarrollado en el marco de la Responsabilidad Social Empresaria de la consultora. Todos los derechos reservados. Prohibida su venta. Permitida su reproducción completa sin modificaciones ni quitas.